

TLAXCALA EN EL CONTEXTO DE “LA GRAN DÉCADA NACIONAL”

TLAXCALA EN TRES MOMENTOS DE “LA GRAN DÉCADA NACIONAL”, 1857-1867

Serafín ORTIZ ORTIZ*

SUMARIO: I. *Introducción.* II. *Tlaxcala frente al golpe de Estado de 1857 y las reformas al Plan de Tacubaya de 1858.* III. *La Intervención francesa y el combate de San Pablo del Monte de mayo de 1863.* IV. *La antigua ciudad de ruínas y recuerdos. La visita de Maximiliano a Tlaxcala.* V. *Consideraciones finales.* VI. *Fuentes.*

I. INTRODUCCIÓN

El 17 de diciembre de 1857 se pronunció en la villa de Tacubaya la brigada Zuloaga, que desconoció a la Constitución Política que se había promulgado diez meses antes. Este golpe militar ocasionó no sólo el inicio de la guerra de Reforma, sino el periodo que el historiador poblano Miguel Galindo y Galindo denominó “La Gran Década Nacional”,¹ es decir, aquellos diez años convulsos y de constantes contiendas dentro de los que se insertan la ya mencionada guerra civil de Tres Años, la Intervención francesa y el Segundo Imperio. Ésta concluiría en julio de 1867, con el restablecimiento en la ciudad de México de la República triunfante encabezada por el licenciado Benito Juárez.

Cada estado del país experimentó este proceso histórico de diferente manera, de ahí que sus alcances e impacto fueran distintos en cada uno de ellos; por otro lado, debemos destacar que la postura de las autoridades estatales frente a los acontecimientos políticos y militares del ámbito nacional en la década aludida también varió, ya que mientras en unas entidades se dio una violenta oposición tanto a los movimientos militares como a los

* Centro de Investigaciones Jurídico-Políticas, Universidad Autónoma de Tlaxcala.

¹ Galindo y Galindo, Miguel, *La Gran Década Nacional, 1857-1867*, México, Secretaría de Gobernación, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones en México, 2009, 3 vols.

planes políticos o a la intervención extranjera, en otras hubo una pronta aceptación, e incluso colaboraron con las administraciones que de ellos emanaron. En algunos casos la posición que asumieron los gobernadores y los jefes militares dependió de sus filiaciones políticas y de los vínculos de amistad y compadrazgo que mantenían con los encargados del Ejecutivo nacional.

De lo anterior, el objetivo del presente texto es destacar el papel que tuvo el estado de Tlaxcala en el contexto de la Guerra de Reforma, la Intervención francesa y el Segundo Imperio; es decir, cómo y de qué manera se insertó la entidad en el proceso nacional. No se pretende dar un panorama general de este proceso, sino más bien centrarnos en tres acontecimientos que tuvieron como entorno a nuestro estado: el primero, la postura de sus autoridades frente al golpe de Estado de diciembre de 1857; el segundo, la batalla de San Pablo de Monte en mayo de 1863, y, por último, la visita que realizó el emperador Maximiliano a la entidad en abril de 1865. Estos eventos nos permitirán distinguir el impacto de la guerra en el estado y el actuar de sus potestades, es decir, la inserción de nuestro estado en el contexto de La Gran Década Nacional.

II. TLAXCALA FRENTE AL GOLPE DE ESTADO DE 1857 Y LAS REFORMAS AL PLAN DE TACUBAYA DE 1858

El año de 1857 fue trascendental para el país, debido a la Constitución Política que se juró a principios de ese año; no obstante, como apunta Brian Connaughton, ésta no gozó “de pleno apoyo en prácticamente ningún sector de la opinión pública; para los liberales puros [...] no había cumplido cabalmente con la promesa de nuevas libertades nacionales, para los moderados atentaba contra la pacífica convivencia entre Iglesia y el Estado”.²

Fue tal la inconformidad que generó la carta magna, que en los círculos políticos del país se hablaba de un posible golpe de Estado, pues aquella no satisfacía a ningún grupo. Sabedor de esto, el presidente Ignacio Comonfort consultó con algunos de sus allegados, entre ellos Juan José Baz, Manuel Payno y Félix Zuloaga, a quienes pidió su opinión acerca del texto constitucional. Éstos lo describieron como “un estorbo”, que se debía “hacer a un lado”, o bien modificarse, debido a los inconvenientes que para

² Connaughton, Brian, “De la tensión de compromiso al compromiso de la gobernabilidad. Las Leyes de Reforma en el entramado de la conciencia política nacional”, en Connaughton, Brian y Palacio, Celia del (coords.), *México durante la Guerra de Reforma*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2011, t. I, p. 107.

el Ejecutivo implicaba gobernar con él.³ De ahí que acordaron derogar el marco legal.

Para Comonfort, antes de llevar a cabo lo anterior, era indispensable ganar adeptos en los estados, por lo cual envió emisarios a los gobernadores y jefes militares para explicarles lo que proyectaba; la idea fue bien recibida en los estados de Puebla, Veracruz, México, San Luis Potosí y Tlaxcala, en donde sus autoridades se comprometieron a apoyarlo llegado el momento. Es probable que esto obedeciera no tanto a que estuvieran convencidos del plan al que se les invitaba a participar, sino a las simpatías y a los vínculos de amistad que desde años atrás mantenían con el presidente.⁴

Llegamos así al jueves 17 de diciembre de 1857. Ese día, con base en lo acordado, Félix Zuloaga proclamó el Plan de Tacubaya, que derogó la Constitución federal, y horas más tarde, al frente de su brigada, ocupó la capital sin hallar resistencia: el golpe había triunfado. Hecho esto, los golpistas mandaron comisionados a los estados que se habían comprometido a apoyar el movimiento para que reconocieran el plan; uno de éstos, el de Tlaxcala, lo hizo la noche del día 18.⁵ Manuel Payno, uno de los promotores del movimiento, mencionó en sus *Memorias* que de nuestra entidad se recibieron “noticias favorables”, lo que también fue anunciado, y celebrado, días más tarde, por los periódicos de la ciudad de México.⁶

En este punto es necesario resaltar que el diario de filiación liberal *El Monitor Republicano* apuntó que en Tlaxcala se había pronunciado en favor del Plan de Tacubaya su gobernador, el licenciado Guillermo Valle,⁷ dan-

³ Payno, Manuel, *Memorias sobre la revolución de diciembre de 1857 a enero de 1858*, México, Secretaría de Gobernación, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 1987, p. 44.

⁴ Villegas Revueltas, Silvestre, “La Constitución y el golpe de Estado de Comonfort”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, UNAM, IHH, núm. 22, julio-diciembre, 2002, pp. 59-81.

⁵ Portilla, Anselmo de la, *México en 1856 y 1857: gobierno del general Comonfort*, México, Secretaría de Gobernación, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 1987, p. 293, y “Tlaxcala”, *Diario de Avisos*, 26 dic. 1857, p. 3. La noticia fue tomada del periódico *El Eco*.

⁶ Payno, *op. cit.*, p. 102. El periódico de filiación conservadora, el *Diario de Avisos*, fue el que mostró beneplácito por la adhesión de Tlaxcala al Plan de Tacubaya. Véase “Tlaxcala”, *Diario de Avisos*, 24 ene. 1858, p. 3, “Tlaxcala”, y “Sección Oficial”, *El Monitor Republicano*, 23 y 26 dic. 1857, pp. 3 y 1.

⁷ “Situación”, *El Monitor Republicano*, 27 dic. 1857, p. 4. De Guillermo Valle es poco lo que conocemos, sólo que pertenecía al Colegio de Abogados, y que residía en la ciudad de Tlaxcala. Todo indica que Tlaxcala se adhirió al Plan de Tacubaya sólo por la influencia de su gobernador, todo ello a pesar de la oposición y el esfuerzo de la legislatura para que esto no se realizara. No sólo eso; también se sabe que el gobernador de Puebla, Miguel Cás-

do a entender que sólo la capital lo había hecho, no así todos los partidos y pueblos del estado. Podemos creer que éstos quedaron atentos y en espera de la respuesta de las autoridades de la capital para definir si se adherían o no al plan, de ahí que, al promulgarlo Valle, más de una población lo hizo también, y se pronunció. Este fue el caso de la villa de Huamantla y el pueblo de Tlaxco, que lo hicieron el 19 de diciembre, después de lo cual remitieron al ministro de Guerra sus actas de adhesión.⁸ Estos documentos son significativos porque nos permiten ver las disputas de los grupos de poder al interior del estado, así como el recelo que en algunos casos guardaban los habitantes de aquellos partidos en contra de su centro político: la ciudad de Tlaxcala.⁹ Veamos por qué.

Aprovechando la coyuntura e incertidumbre política, el licenciado José María Manero y Embidez, entonces encargado del gobierno de Huamantla, informó al ministro de Guerra que debido a que “todos los pueblos del estado se hallaban en el más completo abandono” e infestados de salteadores, pues su gobierno “dormía puniblemente”, los mismos pueblos, con excepción de Tlaxcala, Santa Anna y “otros dos o tres que no pueden sacudirse el yugo”, lo habían nombrado gobernador, otorgándole además amplias facultades para que arreglara el desorden que imperaba; de ahí que Manero estableció la sede de su administración en Huamantla, con la intención de satisfacer desde esta villa las peticiones de los habitantes que deseaban “abandonar su antiguo y odiado gobierno de Tlaxcala”.¹⁰

Manero mencionaría días más tarde que si aceptó el cargo fue únicamente para conservar el orden público, pero es evidente que detrás de su decisión había un trasfondo político e intereses personales. ¿Por qué señalamos esto? El acta que elaboraron las autoridades del partido de Huamantla condicionó su adhesión, y la de Tlaxco, a dos cosas: la primera, que el

tulo Alatríste, intentó disuadir a Valle para que no se adhiriera al Plan de Tacubaya, pero nada consiguió. Véase *La Sociedad*, 26 dic. 1857, p. 2, y “Tlaxcala”, *Diario de Avisos*, 26 dic. 1857, p. 3.

⁸ Dichas actas mencionan que en Tlaxcala se adhirieron al Plan de Tacubaya los pueblos de San Juan Bautista Ixtenco, San Salvador Tzompantepec, San Agustín Tlaxco, San Pablo Zitlaltepec, San Lorenzo Cuapiaxtla, del Carmen, así como las municipalidades de Alzayanca, y San Nicolás Terrenate.

⁹ “Gobierno Político de Tlaxcala”, *El Siglo Diez y Nueve*, 1 feb. 1858, p. 1.

¹⁰ En el acta inclusive se apuntó que, en caso de ser necesario, “Los partidos de Huamantla y Tlaxco estaban resueltos a separarse de Tlaxcala”. Véase “José María Manero y Embidez al ministro de Guerra. Huamantla, 9 ene 1858”, *idem*. Una de las quejas de Manero en contra de Valle, es que a su parecer éste era “apático, sin carácter enérgico y de falta valor”, que en ningún momento apoyó a los otros pueblos del estado con soldados, de los que no permitió su salida de la capital ante el temor de que ésta fuera atacada.

gobierno de Comonfort ratificará a Manero como gobernador; la segunda, que se adicionara un artículo al Plan de Tacubaya original en el siguiente tenor: “7º Deberán quedar en toda su fuerza y subsistir todas las leyes y prevenciones que se hallaban vigentes antes de la época del plan de Ayutla en favor del clero, la religión y ejército”.¹¹

Que Manero y las personas que lo apoyaban proclamaran los principios de “la religión y fueros” era inconsecuente, al contraponerse éstos a las reformas liberales que los gobiernos emanados del Plan de Ayutla venían implementando desde diciembre de 1855. Con esto quedó de patente que Manero intentó aprovechar en beneficio propio el caos político que generó el Plan de Tacubaya, al tiempo que evidenció su apego al partido conservador. Si bien no conocemos la respuesta de Comonfort a esta cláusula, es viable presumir que no fue aceptada; la adhesión no sólo debía ser incondicional, sino que fueros señalados, insistimos, habían sido por él combatidos desde que se hizo cargo del Ejecutivo en diciembre de 1855. Ahora, es pertinente decir que no se conoce otra acta de adhesión de ciudad, pueblo, villa, ayuntamiento o comandancia militar en la República que condicionara al gobierno, y menos que pidiera la restauración de los principios de religión y fueros para hacerlo. Sin duda, la de Huamantla es un caso particular.

El proceder de Manero ocasionó pugnas al interior del estado; no descartamos que, inclusive, una de éstas fuera el “despronunciamiento” por el Plan de Tacubaya que en Santa Anna Chiautenpan hizo el general Negrete, quien después de hacerlo se dirigió a Tlaxco, en donde se reunió con el depuesto gobernador liberal de Puebla Miguel Cástulo Alatríste. Siendo Tlaxco una de las poblaciones que secundó el Plan del 17 y que firmó el acta que creemos redactó Manero, todo hacía creer que ahí se desarrollaría un combate con las fuerzas que defendían la Constitución, a cuyo mando estaban los generales referidos, mas no fue así.¹² Este suceso reveló la división política en Tlaxcala entre los grupos políticos que en ese momento se disputaban el poder en la ciudad de México: los conservadores, representados en la entidad por Manero, los liberales, con Negrete y Alatríste a la cabeza, y por el sector moderado el licenciado Guillermo Valle.¹³

¹¹ *Idem.*

¹² Incluso un testigo de aquel momento mencionó: “los tlaxqueños creían que allí iba a ser el combate”. “Tlaxcala”, *El Monitor Republicano*, 13 ene. 1858, p. 3.

¹³ Negrete estableció su cuartel general, en un primer momento, en Santa Anna Chiautenpan; desde ahí, y en compañía de Alatríste, se mantuvo activo en poblaciones como Huamantla, Tlaxco y San Pablo del Monte; su objetivo: no alejarse de la ciudad de Puebla. Así, el estado de Tlaxcala se convirtió en su refugio durante las primeras semanas de la guerra civil. “El Sr. General Negrete” y “Noticias de Puebla”, *El Monitor Republicano*, 9 y 10 ene. 1858, p. 3.

Los hechos referidos dejaron sentir sus alcances en la capital del estado. En ésta, y siguiendo el ejemplo del segundo, la guardia nacional también se retractó de haber jurado el Plan de Tacubaya, al tiempo que invitaron al gobernador, Guillermo Valle, para que también lo hiciera; sin embargo, éste se negó a hacerlo prefiriendo antes renunciar su cargo.¹⁴ No sabemos si para esto influyó algún vínculo de amistad con Comonfort, como lo habían hecho otros gobernadores, y de ahí que antes de sentir que lo traicionaba prefirió separarse de la gubernatura.¹⁵ Desconocemos a los otros actores de la ciudad de Tlaxcala que tomaron parte en el despronunciamiento; mas al referirse a este hecho, la prensa apuntó: “El estado de Tlaxcala siguiendo el ejemplo de Perote, se ha despronunciado ayer, dando un enérgico manifiesto, en el que se opone al reconocimiento de todo contrato que celebre el gobierno revolucionario del centro”.¹⁶ Con esto, implícitamente, la entidad volvió al orden constitucional y se contrapuso al acta levantada en la villa de Huamantla.

En el contexto nacional, la agitación e incertidumbre política que había prevalecido desde el 17 de diciembre aumentó el 11 de enero de 1858, cuando el general José de la Parra se pronunció en La Ciudadela de la ciudad de México y modificó el artículo 2o. del Plan de Tacubaya, que mencionaba que Comonfort continuaría al frente del Ejecutivo con facultades omnímodas; así, se le desconoció como presidente, al tiempo que nombró a Félix Zuloaga general en jefe del Ejército Regenerador.

Si bien muchos estados, comandancias, ciudades, villas y ayuntamientos apoyaron el Plan de Tacubaya en un primer momento, retiraron su apoyo al

¹⁴ “El Sr. D. Guillermo del Valle”, *La Sociedad*, 14 ene. 1858, p. 3, y “Tlaxcala”, *El Siglo Diez y Nueve*, 15 ene. 1858, p. 3.

¹⁵ Esto lo sustentamos al ver que las autoridades de algunos estados apoyaron el golpe por los vínculos de amistad y compadrazgo que mantenían con Comonfort. En esta posición se hallaron Jesús Andrade, Emilio Langberg y Felipe Berriozábal, quienes hicieron que las ciudades de Toluca, Cuautla y Huejutla adoptaran el plan. Ambos reconocieron que fue por el aprecio que le tenían al encargado del Ejecutivo por lo que lo secundaron. El primero, por ejemplo, refirió: “Amigo del Sr. Comonfort [...], no vacilé en seguirlo en el plan del 17”. “Jesús Andrade a Emilio Langberg. Huejutla. 23 ene. 1858”, García Ugarte, Marta Eugenia, *Poder político y religioso. México siglo XIX*, México, UNAM, Miguel Ángel Porrúa, 2010, vol. 2, p. 713; “Tlascalá”, *El Monitor Republicano*, 13 ene. 1858, p. 3. En una carta anónima publicada en esta nota, un vecino de la ciudad de Tlaxcala señaló: “No puede usted figurarse cuanto siento la separación del Sr. Valle”.

¹⁶ El despronunciamiento de Tlaxcala se verificó el 7 de enero, pues se sabe que la mañana de ese día pasó a recoger el acta referida el exprefecto de Chalchicomula, José Carretero. “Más sobre el general Negrete”, *La Sociedad*, 10 ene. 1858, p. 4 y “Noticias de Puebla”, *El Monitor Republicano*, 10 ene. 1858, p. 3. Por desgracia no se conoce el acta que estos periódicos refieren.

saber de la reforma que excluía a Comonfort como encargado del Ejecutivo, por lo que solicitaron la vuelta al orden constitucional. En esta situación se hallaron las autoridades de Toluca, San Luis Potosí, y las del puerto de Veracruz su unieron en la coalición de estados que defendían la Constitución de 1857.¹⁷

El levantamiento militar del 11 de enero, como era de esperarse, tuvo repercusiones a nivel nacional. En algunos estados, la reforma mencionada fue bien recibida, como se evidenció en las actas de adhesión que llegaron a la capital del país. Conocidos son los enfrentamientos que por más de diez días se llevaron a cabo en aquélla entre las fuerzas sublevadas y las de Comonfort: pero al final, persuadido este último que no tenía ni la fuerza moral ni militar para acabar con la asonada, abandonó la sede de su gobierno la mañana del 21 de enero; su éxodo simbolizó la victoria del ejército regenerador.

Ahora bien, en su huida hacía el puerto de Veracruz, Ignacio Comonfort hizo una breve escala en la ciudad de Tlaxcala, suceso del cual el periódico de filiación liberal *El Siglo Diez y Nueve* dejó la siguiente crónica:

En carta de Tlaxcala fecha 25 nos dicen: Ayer a las tres de la tarde entró Comonfort con cosa de 250 infantes y artilleros y otros tantos dragones; dos piezas de a ocho, un carro de parque de fusil, otro carro de fusiles de desertores y 18 caballos de desertores de caballería. Pernoctaron anoche, y hoy a las siete de la mañana han marchado a Huamantla, rumbo a Perote, para unirse con Alatríste y Negrete.¹⁸

Días más tarde, el 25 de enero, a su paso por la villa de Huamantla, las autoridades ofrecieron un baile “de etiqueta” para festejar al presidente

¹⁷ A este respecto, Comonfort mencionaría en febrero de 1858: “El plan fue secundado por los Estados de Veracruz, México, Puebla, Tlaxcala, San Luis Potosí, Sinaloa, Tabasco y algunas poblaciones como Tampico y otras, acaso por consideraciones análogas a las que yo tuve, o por la confianza que les inspiraba mi nombre”. “El Manifiesto de D. Ignacio Comonfort”, *Diario Oficial del Supremo Gobierno*, 11 feb. 1858, p. 1. Véase también Blázquez Domínguez, Carmen, *Veracruz liberal, 1858-1860*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, Gobierno del Estado de Veracruz, 1986, pp. 59-61, y Acta levantada por la guarnición de la capital del Estado de México. Tol., 11 ene. 1858. Archivo Histórico del Estado de México, Legislativo, *Actas*, vol. 1, exp. 13, f. 1. Al recibirse en Toluca las noticias del levantamiento de la ciudad de México, los jefes militares, presididos por el general Faustino Vázquez, quien también fungía como autoridad política, tuvieron una reunión para discutir qué tan conveniente era que la entidad apoyara o no el movimiento de De la Parra. Ahí se acordó que el Estado de México se apegara al orden constitucional y se uniera a la coalición de estados que sostenían la Constitución de 1857.

¹⁸ “El expresidente Comonfort”, *El Siglo Diez y Nueve*, 29 ene. 1858, p. 3.

depuesto.¹⁹ No sería la última vez que el estado recibiría a Comonfort con entusiasmo, ya que esta cortesía, como se verá más adelante en este trabajo, se la obsequiarían años más tarde durante la Intervención francesa. Ínterin de esta marcha del general poblano, el 22 de enero, una junta de representantes de los departamentos, integrada por destacados personajes a nivel nacional, declaró a Félix Zuloaga presidente interino de la República, quien tomó posesión de su cargo un día más tarde.²⁰

Con la ocupación de la capital, la República quedó inmersa en una de las más cruentas luchas civiles que había experimentado desde que nació a la vida independiente, la que habría de prolongarse por tres años, y ocasionó que por primera vez hubiera dos gobiernos de manera simultánea: el liberal y el conservador, que se asumieron como legítimos.²¹ Daba inicio la guerra por el poder, de ahí que sendos gobiernos se ocuparon de organizar a sus ejércitos, pues su existencia dependía del triunfo militar, así cada estado tuviera también dos representantes: el designado por la administración constitucional y el que nombró la tacubayista.

Tlaxcala, en un primer momento, la asumió por el bando liberal un personaje de apellido Montiel; sin embargo, es oportuno mencionar que su nombramiento lo recibió del gobernador de Puebla, Miguel Cástulo Alatríste, con la orden de reclutar y organizar las fuerzas militares de la entidad.²² Debido a la inestabilidad y lo agitado del momento, su gobierno no tendría una sede fija en los primeros meses de la guerra, es decir, se mantuvo itinerante.

Por su parte, el 22 de febrero de 1858 el gobierno que emanó del Plan de Tacubaya, es decir, el conservador, designó al general Rafael Espinosa jefe político y militar de Tlaxcala.²³ Este personaje no atendió de inmediato su cargo, ya que en ese momento desempeñaba el mando político y militar del departamento de Puebla; no fue sino hasta el mes de abril cuando pudo instalarse en la ciudad de Tlaxcala.²⁴ Es probable que durante su ausencia

¹⁹ “El Sr. Comonfort”, *La Sociedad*, 29 ene. 1858, p. 4.

²⁰ “El 28 de enero se instaló el Consejo de Gobierno, Consejo de gobierno que se había anunciado en el plan de Tacubaya. Como representantes por del estado de Tlaxcala quedaron Lic. José María Godoy como propietario y como suplente el licenciado Manuel Saldaña”. Rivera y Sanromán, Agustín, *Anales de la Reforma y el Segundo Imperio*, Guadalajara, Talleres de Tipografía dirigido por José Gómez Ugarte, 1897, p. 39, y “Noticias nacionales”, *La Cruz*, 23 ene. 1858, p. 3.

²¹ Villegas Revueltas, Silvestre, *Deuda y diplomacia: la relación México-Gran Bretaña, 1824-1884*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2005, pp. 77 y 78, ver nota.

²² “Puebla”, *Diario Oficial del Supremo Gobierno*, 16 feb. 1858, p. 2.

²³ “Tlaxcala”, *Diario Oficial del Supremo Gobierno*, 25 feb. 1858, p. 2.

²⁴ “El Sr. General D. Rafael Espinosa”, *Diario Oficial del Supremo Gobierno*, 14 abr. 1858, p. 1.

atendiera los asuntos de dicha entidad el teniente coronel J. A. Andrade, entonces comandante militar de Huamantla, quien fue el encargado de remitir los partes de las ocurrencias militares tanto a Espinosa como al ministerio de Guerra.²⁵

En la guerra civil de Reforma, Tlaxcala sería escenario de muchos hechos de armas entre el ejército conservador y el liberal; así también, muchos serían sus hijos que defenderían a uno de los gobiernos que se asumieron como legítimos. En este sentido, además de las obras clásicas del siglo XIX sobre este periodo, en años recientes, autores como Crisanto Cuéllar y Raymond Buve se han ocupado de estudiar algunos de los sucesos de la Guerra de Tres Años y sus protagonistas en nuestra entidad.²⁶

III. LA INTERVENCIÓN FRANCESA Y EL COMBATE DE SAN PABLO DEL MONTE DE MAYO DE 1863

Al concluir la Guerra de Reforma en 1860, el panorama económico para México presentó muchas dificultades, lo que obligó al gobierno de Benito Juárez a suspender por dos años el pago de la deuda pública contraída con las ponencias europeas. Esta situación ocasionó que Francia, Inglaterra y España, naciones acreedoras de México, reclamaran el pago de sus créditos, disimulando con ello sus intenciones de intervenir en la política nacional.²⁷ No sólo eso, sino también la crisis dio pie para que los conservadores mexicanos radicados en Europa trabajaran para buscar el establecimiento de una monarquía en nuestro país.

Sus gestiones dieron resultado, y lograron que Napoleón III promoviera una reunión con las naciones prestamistas para presentar a México reclamaciones formales, realizándose así la llamada “Convención de Londres”. En ésta firmaron un pacto el 31 de octubre de 1861, que constituyó una alianza tripartita; con ello, la idea de intromisión en la República mexicana se consolidó.

²⁵ Para tal efecto véase “Derrota de la gavilla de Carretero y compañía”, *Diario Oficial del Supremo Gobierno*, 11 mar. 1858, p. 2.

²⁶ Cuéllar Abaroa, Crisanto, *Antonio Carbajal: caudillo liberal tlaxcalteca*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, sección de Historia, 1962, y Buve Raymond, “La guerra local en la guerra nacional: guerrillas tlaxcaltecas en las décadas de 1850 y 1860”, en Ortíz Escamilla, Juan (coord.), *Fuerzas militares en Iberoamérica siglos XVIII y XIX*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos-El Colegio de Michoacán-Universidad Veracruzana, 2005, pp. 317-339.

²⁷ Villegas Revueltas, *Deuda...*, *op. cit.*, pp. 21-57.

Debido a esta amenaza, el 1 de noviembre la Secretaría de Gobernación solicitó a los gobernadores que organizaran a los contingentes de sus estados; para ello les autorizó disponer de los recursos de sus entidades, con la finalidad de hacer una obstinada resistencia en caso de que se concretara la intervención extranjera. No sólo eso, también se les pidió que informaran el número de hombres que de inmediato podían proporcionar, y si existía la posibilidad de aumentarlos en un futuro. La respuesta de los gobernadores fue expedita, y el día 5 comenzaron a llegar a la ciudad de México las respuestas a la solicitud; en éstas, los gobernadores pusieron a disposición del gobierno los elementos, tanto humanos como materiales, de sus respectivos estados.²⁸ Así lo hizo el general Tomás Moreno, gobernador del estado de Tlaxcala, quien así dejó patente su respaldo a la administración constitucional. Como él, los mandataritos de Aguascalientes, Chiapas, México y Veracruz dirigieron proclamas a los habitantes y a las fuerzas militares de sus respectivas demarcaciones, en las que exaltaron el honor nacional, al tiempo que los exhortaron a defender al país de la agresión que sufriría por parte de las potencias europeas.²⁹

La ocupación del puerto de Veracruz por la escuadra española en diciembre de 1861 urgió al presidente Benito Juárez a expedir un nuevo decreto, por el que autorizó a los gobernadores, disponer de las rentas pertenecientes al gobierno general en sus estados para que a la brevedad enviaran a la ciudad de México la fuerza armada que se les requirió. A Tlaxcala, por ser uno de los más pequeños territorialmente, se le pidió un contingente de 1,000 hombres.³⁰ No conocemos si el gobernador Moreno logró reunir este número; de lo que sí tenemos certeza es que los hijos de nuestro estado se ofrecieron para pelear contra el enemigo extranjero.³¹

²⁸ Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, *Operaciones Militares*, exp. XI/4.81/8443.

²⁹ Galindo y Galindo, *op. cit.*, t. II, pp. 157 y 158.

³⁰ Archivo Histórico del Distrito Federal, Fondo: Ayuntamiento y Gobierno del Distrito Federal, serie: *Bandos, leyes y decretos*, caja 33, exp. 51. El número de hombres varió de una entidad a otra; al Distrito Federal, Oaxaca, Puebla y Jalisco se les pidió 3,000 hombres a cada uno; a Chihuahua, Nuevo León y Chihuahua 2,000, mientras que Querétaro, Colima, Sonora, Sinaloa, Chiapas, Colima, Aguascalientes y Baja California 1,000. El artículo 6 del decreto aludido apuntó: “Sin perjuicio de situar el contingente designado en el artículo anterior, en el punto que oportunamente se designará, los CC. Gobernadores pondrán sobre las armas toda la Guardia Nacional que tengan disponible, proponiendo los arbitrios extraordinarios que a su juicio sean convenientes para procurar los recursos necesarios”.

³¹ Si bien el estado cumplió con enviar un contingente de sangre, creemos que no fueron los 1,000 hombres que solicitó el gobierno; esto lo sustentamos en que meses más tarde, en abril de 1862, Ignacio Zaragoza le señaló al ministro de Guerra: “... estoy exhausto y con pocas esperanzas, no obstante el decreto que a este propósito expedí el 11 del corriente, pues

Las escuadras inglesa y francesa fundearon en Veracruz en los primeros días de enero de 1862. Los representantes de estas naciones, y el español, se reunieron con el ministro de Relaciones de México el 19 de febrero, con quien firmaron los “Convenios de La Soledad”; pero éstos fueron desconocidos por Napoleón III a principios de abril, lo que produjo el rompimiento de la Triple Alianza, ya que Inglaterra y España no estuvieron de acuerdo con la política del emperador galo de intervenir en México, por lo que retiraron a sus ejércitos.

Rotas las hostilidades, los enfrentamientos entre el ejército francés y el mexicano era cuestión de tiempo. El primero ocurrió el 19 de abril de 1862 en El Fortín, Veracruz, al que sobrevinieron el de Acultzingo, Puebla, Barranca Seca y Cerro del Borrego. La derrota en este punto ocasionó que los mexicanos perdieran la posición desde la que pretendían atacar a Orizaba, población en la que se había refugiado el ejército francés. Sobre este hecho, el historiador militar José León Toral dice: “Tan desgraciada función de armas [...] desquició completamente el Plan de Maniobra del General Zaragoza y permitió al invasor consolidar la posición de la plaza de Orizaba”.³²

En este punto debemos mencionar que en el transcurso de la contienda contra el enemigo extranjero que recién iniciaba, la ciudad de Tlaxcala albergaría en distintos momentos a las fuerzas republicanas; ahí se establecieron entre 1862 y 1867 las que comandaban el general Felipe Berriozábal, Vicente Riva Palacio, Antonio Carbajal, Tomás O’Horan, Ignacio Comonfort y Porfirio Díaz.

Ahora bien, el panorama para el ejército mexicano se complicó a finales de 1862 con la muerte de Ignacio Zaragoza, quien fue sustituido en el mando por el general Jesús González Ortega. Al tomar éste el mando del ejército de Oriente en septiembre, continuó con las obras de fortificación de la ciudad de Puebla, al tiempo que suspendió, “con el carácter provisional, las funciones de toda autoridad, menos la militar, en los Estados de Puebla,

el Estado de Veracruz poco podrá ministrar en las actuales circunstancias, poco también el de Puebla y casi nada el de Tlaxcala...”. Ramírez Fentanés, Luis, *Zaragoza*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Departamento de Archivo, Correspondencia e Historia, 1962, p. 693.

³² León Toral, Jesús, *Historia documental militar de la intervención francesa en México y el denominado Segundo Imperio*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Departamento de Archivo, Correspondencia e Historia, Comisión de Historia Militar, 1967, p. 13. Sobre los dos últimos hechos de armas, véase Sánchez Lamego, Miguel, “El combate de Barranca Seca”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, núm. 55, vol. XIV, enero-marzo, 1965 pp. 469-487, y García Sela, Miguel, “El Cerro del Borrego y el sitio de Puebla”, en Rodríguez Frausto, Jesús, *La Reforma y la Guerra de Intervención*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1963, pp. 118-181.

Veracruz y Tlaxcala”, es decir, los declaró en estado de sitio. La medida tenía como finalidad fortalecer el mando militar e intentar con ello hacer una férrea defensa al invasor. En Tlaxcala, la situación duró unas semanas, pues a finales del mismo mes el Ejecutivo nacional levantó el sitio; no obstante, se dieron algunos cambios internos; uno de ellos fue que el gobernador y comandante militar, general Tomás Moreno, solicitó permiso del gobierno para separarse del cargo y marchar a la campaña contra el invasor; en su lugar se designó al licenciado Manuel Saldaña.³³

En el ejército francés también se dieron cambios. Napoleón III nombró al general Elías Forey, comandante del ejército expedicionario, quien arribó a Veracruz en septiembre de 1862, y quien de inmediato organizó su marcha hacia la capital de la República. En su derrotero hacia el centro político del país ocupó algunas poblaciones de nuestro estado, como Tlaxcala, Huamantla y Nopalucan,³⁴ pero tuvo que abandonarlas a los pocos días, cuando recibió la orden de concentrar a sus fuerzas en la ciudad de Puebla, principal punto de defensa de las fuerzas mexicanas.

No fue sino hasta el 16 de marzo de 1863 cuando el ejército francés se presentó frente a la llamada heroica ciudad Zaragoza, defendida por el ejército de Oriente. Dentro de este cuerpo fueron incorporadas algunas fuerzas procedentes de nuestro estado, entre ellas el 1o. y el 49o. Batallones de Tlaxcala, el segundo al mando del coronel Pedro Lira, una brigada de caballería comandada por el general Antonio Carbajal, de la que formaban parte los Escuadrones de Tlaxcala, éstos dirigidos por el coronel Patricio Espinosa y el comandante Vicente Picazo, así como el cuerpo de Resguardo de Tlaxcala.³⁵

Antes de que los franceses iniciaran sus ataques formales sobre Puebla, González Ortega dispuso que las secciones de caballería que comandaban Carbajal y Aureliano Rivera salieran de la ciudad con la comisión de introducir víveres en ella. Días más tarde lo hicieron también, con el mismo objeto, Tomás O’Horan y Vicente Riva Palacio,³⁶ mas ninguno pudo cum-

³³ Galindo y Galindo, *op. cit.*, vol. II, p. 369.

³⁴ “Informe telegráfico del general Aureliano Rivera a González Ortega. Puebla, 16 mar 1863”, en González Ortega, Jesús, *Parte general que da al Supremo Gobierno de la Nación respecto a la defensa de la plaza de Zaragoza el ciudadano general Jesús González Ortega*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1963, p. 54. Junto con las fuerzas francesas que ocuparon Tlaxcala iban algunas secciones de tropas mexicanas que apoyaban la intervención.

³⁵ González Ortega, *op. cit.*, p. 53, y Galindo y Galindo, *op. cit.*, vol. II, pp. 450 y 451.

³⁶ Éste salió de Puebla en abril, y por algunos días estableció su cuartel en la ciudad de Tlaxcala, desde la que remitió algunos partes militares a González Ortega de la situación que prevalecía en esa parte del territorio. González Ortega, *op. cit.*, p. 172.

plir su cometido. Esto es importante referirlo, por dos razones: la primera es que estos jefes mantendrían una estrecha vigilancia en el camino de Puebla a Tlaxcala, así como en otras poblaciones de esta última;³⁷ la segunda, que más de uno concurriría al combate de San Pablo del Monte.

Para apoyar al Ejército de Oriente, el presidente Juárez dispuso la creación de otros dos cuerpos de ejército: el de Reserva y el del Centro, y designó general en jefe de este último a Ignacio Comonfort.³⁸ El Ejército del Centro se integró de dos divisiones de infantería, las que comandaron los generales Vicente Rosas Landa y Ángel Frías, y por una división de caballería, que dirigió el general Tomás Moreno. Dicha arma se dividió a su vez en cinco brigadas, que fueron mandadas por Antonio Carbajal, Aureliano Rivera, Porfirio García de León, Domingo Sotomayor y Manuel García Pueblita. En estos cuerpos fueron incorporados algunos batallones de nuestro estado, como el auxiliar de Tlaxcala, el del Resguardo de Tlaxcala y el escuadrón de Tlaxcala.³⁹

El ejército del Centro se creó con la finalidad de distraer y atacar a los sitiadores de Puebla por diferentes puntos, lo que debía hacer de manera coordinada con el que comandaba González Ortega; combatir a las guerrillas mexicanas aliadas de los franceses; pero su “primera y urgentísima obligación” sería la de introducir víveres y municiones a esa plaza. Si fracasaba en su cometido, debía “proteger, de cuantas maneras fuera posible, la salida del [Ejército] de Oriente”.⁴⁰

Como podemos ver, la responsabilidad del ejército del Centro era de suma importancia. Para cumplir con ella, Comonfort se estableció en el valle de Texmelucan, punto desde el cual podía proteger no sólo el camino de Puebla a la ciudad de México, sino también el de Tlaxcala, al tiempo que le permitía observar las maniobras que el ejército francés realizaba sobre esa ciudad.⁴¹ Con base en las instrucciones que recibió de Juárez, desde San

³⁷ Balbontín, Manuel, *Memorias del general Manuel Balbontín*, México, ELEDE, 1958, pp. 347 y 348.

³⁸ El primero, mandado por Manuel Doblado, debía operar en los estados de Guanajuato, San Luis Potosí y Jalisco, mientras que el segundo, en los de México, Hidalgo y Querétaro. Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 121.

³⁹ León Toral, *op. cit.*, pp. 155-158.

⁴⁰ Estas instrucciones las dio el presidente Benito Juárez en San Martín Texmelucan durante la visita que hizo al ejército del Centro el 1 de mayo de 1863. Jesús González Ortega, *op. cit.*, p. 125. La historiografía inmediata a estos sucesos menciona cuáles serían las tareas del Ejército del Centro y su importancia para el desarrollo del sitio de Puebla. Galindo y Galindo, *op. cit.*, t. II, p. 493; Zamacois, Niceto de, *Historia de Méjico desde sus tiempos más remoto hasta nuestros días...*, Barcelona, J. F. Parres, 1876, vol. XVI, pp. 386 y 387.

⁴¹ Balbontín, *op. cit.*, p. 361.

Martín, Comonfort mantuvo constante comunicación con González Ortega para acordar con él los movimientos militares y actuar conjuntamente. Desde este punto, el primero le hizo saber al segundo que pretendía introducir un convoy a Puebla por el lado de San Pablo del Monte; de ahí que le señaló, que “esperaba que auxiliara sus operaciones”.⁴²

La idea de Comonfort no era nueva, pues ya desde abril, González Ortega había indicado:

Se situará [Comonfort] en Santa Inés Zacatelco, al norte de la ciudad —de Puebla—, desde cuyo punto podía amagarse la línea de comunicación que tenía establecida el invasor con Orizaba; y le decía además que colocado en aquel lugar, hiciera un movimiento rápido en las altas horas de la noche, para que a las primeras luces del día siguiente, se hallara sobre la línea enemiga, que estaba entonces débil por San Pablo del Monte y San Aparicio, y que dándome previamente el aviso de su movimiento, fuertes columnas saldrían de la plaza para hallarse a la misma hora y por otros de los flanco, sobre la misma línea enemiga.⁴³

De funcionar este plan, González Ortega creía que se conseguiría que los franceses levantaran el sitio, con lo que se aseguraría el “triunfo de la plaza”.⁴⁴ Ahora, antes de verificar el movimiento por San Pablo, González le solicitó a Comonfort que le avisara el día, los puntos y el camino por el que lo realizaría; para esto último, el segundo debía señalar aquéllos con fogatas en la noche, mientras que en el día, con “fuertes y visibles humaredas”; así sabría con exactitud por dónde intentarían entrar, y esto le permitiría salir en su auxilio.⁴⁵

Una vez acordado lo anterior, desde finales de mayo, Comonfort quedó atento a las maniobras del ejército francés para introducir a la primera oportunidad los víveres referidos. Así, el 3 de mayo una sección del ejército del Centro llegó a Nativitas; su marcha no fue sencilla, debido el sinuoso camino, “que no se tuvo cuidado de componer”, lo que dificultó el tránsito de la artillería y los carros con pertrechos. Debido a que llegaron a esta población entrada la tarde, las fuerzas mexicanas se vieron precisadas a pasar la noche en ella.⁴⁶

⁴² González Ortega, *op. cit.*, p. 125

⁴³ *Ibidem*, p. 76.

⁴⁴ Galindo y Galindo, *op. cit.*, vol. II, pp. 476 y 477.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 494.

⁴⁶ Balbontín, *op. cit.*, p 363. En su parte militar, Ignacio Comonfort también habla del mal estado del camino, el que, menciona, “era preciso ir recomponiendo a viva fuerza”

No fue sino hasta las primas horas del día 5 cuando el ejército del Centro salió de Nativitas rumbo a la ciudad de Puebla; en su derrotero ocupó el pueblo de San Lorenzo y sus inmediaciones, en donde distribuyó a sus distintas divisiones: la primera, compuesta de más de dos mil hombres al mando del general Miguel María de Echeagaray, se estableció en la orilla derecha del río Atoyac; la segunda, a cargo del general Ángel Frías, lo hizo del lado izquierdo del mismo; mientras que la tercera, a cuyo mando estaba el general Plácido Vega, “ocupó un cerro que proporcionaba una buena defensa”.⁴⁷

Correspondió al general Tomás O’Horan con la caballería intentar entrar en contacto con los defensores de Puebla, con quienes debía ver la forma de introducir el convoy, y de ser posible, lo apoyaran en esta empresa.⁴⁸ La tarea no era sencilla, debido a que el general Forey, nos dice Pedro Pruneda, seguía sus movimientos desde Texmelucan, “esperando encontrar ocasión favorable para atacar[lo] vigorosamente”. Los movimientos del ejército mexicano se lo permitirían.⁴⁹

Por el general francés Emilie Ollivier sabemos que O’Horan, al frente de mil jinetes, se presentó en San Pablo del Monte protegido por la infantería y la artillería.⁵⁰ Esta era la ocasión que Forey esperaba. Como los movimientos de las fuerzas mexicanas eran seguidos, los franceses tuvieron tiempo de destruir los puentes para dificultar su marcha, y no sólo eso, ya que también le permitió al comandante del cuerpo de cazadores de África, Oswald Béngine de Montarby, ocupar el paso de Barranca Honda con la infantería y la caballería listas para enfrentar a los hombres de O’Horan.

El esperado encuentro tuvo lugar el 5 de mayo. Los franceses, fuertes en dos mil efectivos y ocupando mejores posiciones del terreno, le disputaron el paso a O’Horan y sus jinetes, lo que registró Ballbontín en sus *Memorias*, con las siguientes palabras: “trató de forzar el paso, aun cuando la caballería

⁴⁷ *Ibidem*, p. 364. Con base en este autor se sabe que la primera división la integraban “dos mil y pico de hombres”; la segunda, menos de dos mil, mientras que la tercera, de dos mil.

⁴⁸ Ignacio Comonfort asienta en su parte de guerra que O’Horan ocupó San Pablo del Monte por las indicaciones que él le dio desde San Martín Texmelucan. La idea era que, al realizar este movimiento, Comonfort tomaría el camino recto a Puebla, con la intención de “observar a mi voz y reconocer personalmente los puntos de la Cruz y San Lorenzo Amecatla”. “Parte oficial detallado del general en jefe del ejército del Centro sobre la jornada del día 8 del corriente y contestación del supremo gobierno”, *El Constitucional*, 15 may. 1863, p. 1.

⁴⁹ Pruneda, Pedro, *Historia de la Guerra de Méjico desde 1861 a 1867*, México, Fundación Miguel Alemán-Fundación Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto Cultural Helénico-Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 70.

⁵⁰ Ollivier, Emile, *La Intervención francesa y el Imperio de Maximiliano en México*, prefacio Jean Meyer, México, Secretaría de Educación Pública del Estado de Puebla-El Colegio de Puebla, 2012, p. 91.

no fuese una arma muy apropiada para semejante operación”.⁵¹ Si bien el combate fue reñido, la ventaja numérica de los franceses y su mejor posición del terreno les dio el triunfo.

Con relación a las bajas que sendos ejércitos tuvieron en San Pablo del Monte, las fuentes mencionan que fueron similares: cincuenta hombres entre muertos y heridos en cada bando; no obstante, al parecer las de nuestros connacionales fueron más elevadas, pues tan sólo los Lanceros de Durango reportaron más de setenta bajas.⁵² Los galos, por su parte, lamentaron la muerte de Aymard de Foucauld, experimentado comandante y jefe de escuadrón 1o. de Cazadores de África, quien en lo más álgido del combate recibió un lanzazo que le costó la vida.⁵³

Tomás O’Horan se retiró del campo y se situó en Tenancingo, en donde dio descanso a la tropa y quedó en espera de órdenes del cuartel general.⁵⁴ Ese mismo día informó a Comonfort de su derrota, y no fue sino hasta un día más tarde cuando éste remitió al ministro de Guerra un informe sobre la acción de San Pablo del Monte, en el que de manera lacónica le explicó el desarrollo del hecho de armas ahí verificado, así como el número de bajas que tuvieron los hombres a su mando.⁵⁵ Es importante mencionar que gracias a José María Yáñez, cuartel maestro del ejército del Centro, pudo salvarse el parque general, el que se trasladó a la casa llamada “de los Envenenados”, sitio en donde se encontraba estacionado el convoy con los alimentos que debían entrar a Puebla.⁵⁶

⁵¹ Balbontín, *op. cit.*, p. 364.

⁵² “Últimas noticias de la campaña. Sigue el ataque a Puebla. Interesante carta del general Ortega. Operaciones del ejército del Centro”, *El Constitucional*, 7 may. 1863, p. 3. Esto lo conocemos gracias al telegrama que el general Tomás O’Horan envió al Ministerio de Guerra al término del combate.

⁵³ Ollivier, *op. cit.*, p. 91; Dufour, Emmanuel, *Aymard de Foucauld (1824-1863). De Saint-Cyr et Saumur a la campagne du Mexique, itinéraires d’un officier de cavalerie du Second Empire*, préface de Jean-François Lecaillon, France, La Louve Éditions, 2012, 469 p., y Mayer, Jean, *Yo, el francés, La intervención en primera persona. Biografías y crónicas*, México, TusQuets Editores, 2002, pp. 79 y 80.

⁵⁴ “Parte del Sr. general Comonfort sobre la batalla del día 8 del corriente”, *Sitio de Puebla de Zaragoza. Continuación de los partes publicados desde el día 11 hasta el día 22 de Mayo*, México, Imp. de Vicente García Torres, 1863, pp. 8-21. Más documentos relacionados con el ejército del Centro durante el sitio se pueden consultar en García, Genaro (comp.), *El Sitio de Puebla de 1863 según los archivos de D. Ignacio Comonfort General en Jefe del Ejército del Centro y de D. Juan Antonio de la Fuente Ministro de Relaciones Exteriores*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1909, 264 pp.

⁵⁵ “Últimas noticias de la campaña. Sigue el ataque a Puebla. Operaciones del ejército del Centro”, *El Constitucional*, 7 may. 1863, p. 3.

⁵⁶ Balbontín, *op. cit.*, p. 365.

El combate en suelo de nuestro estado fue observado por el ejército de Oriente desde Puebla, en particular por las secciones que ocupaban los cerros de Loreto y Guadalupe.⁵⁷ El hecho llamó la atención de los oficiales, que dedujeron que se trataba de las fuerzas de Comonfort intentando introducir víveres a la plaza. Esta situación llevó a González Ortega a ordenar al general Miguel Negrete a salir con su división a las afueras de la ciudad para apoyar a los primeros si éstos se dirigían a Puebla, pero aquéllos nunca llegaron. Dadas las circunstancias, tampoco pudieron ir en su ayuda. “¡Qué inocencia! ¡Qué creencia tan cándida!” expresaría, en tono sarcástico, el teniente coronel Francisco de P. Troncoso ante tal hecho, sabiendo que las fuerzas que acababan de ser vencidas debían introducir alimentos a la plaza que él defendía.⁵⁸

La derrota de la caballería en la acción de San Pablo no ocasionó que Comonfort se retirara del lugar; lejos de ello, diseminó a sus fuerzas por la llanura del pueblo de San Lorenzo, en donde “se fortificó, esperando acaso apoderarse de las alturas del Cerro de la Cruz [para] distraer desde allí la atención de los sitiadores, y ver su de este modo conseguía introducir los víveres.”⁵⁹

El descalabro de San Pablo del Monte se conoció en la ciudad de México en las primeras horas del 6 de mayo; sin embargo, no desmoralizó al gobierno ni al ejército; por el contrario, la moral aumentó con la llegada a San Martín Texmelucan del general tamaulipeco Juan José de la Garza, que con las fuerzas de aquel estado formó la cuarta división del Ejército del Centro, la que se mandó a situar en Ocotlán, Puebla. Era tal la confianza, que su arribo llevó a la prensa republicana a vaticinar que en breve “comenzarán a sentirse buenos resultados en lo militar”; inclusive se dijo que algunas divisiones se habían colocado en los puntos más avanzados.⁶⁰

La suerte no favorecería al ejército del Centro; días más tarde, el 8 de mayo, en un intento por introducir el convoy a Puebla, aquél sufrió un nuevo golpe en las inmediaciones de San Lorenzo Almecatla.⁶¹ A diferencia de

⁵⁷ Este lo fue comunicado a Jesús González Ortega, quien en el acto dictó algunas disposiciones para intentar apoyar al ejército del Centro. González Ortega, *op. cit.*, p. 129.

⁵⁸ Troncoso, Francisco de P., *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*, México, Secretaría de Guerra y Marina, Talleres del Departamento de Estado Mayor, 1909, p. 252.

⁵⁹ Pruneda, *op. cit.*, p. 170.

⁶⁰ “El ejército del Centro”, *El Constitucional*, 6 may. 1863, p. 3.

⁶¹ En esta acción participaron cerca de cinco mil franceses con sus aliados mexicanos partidarios de la intervención, contra dos mil quinientos soldados que integraban la primera división del ejército del Centro.

la acción de San Pablo, esta derrota, si no fue total, sí tuvo consecuencias trascendentales en el transcurso de la guerra, en particular para los defensores de Puebla, pues éstos se quedaron sin la posibilidad de recibir alimentos y pertrechos de guerra. Francisco de P. Troncoso, quien se encontraba dentro de los muros de aquélla, resumió así el alcance de este hecho de armas: “Nada esperábamos de las fuerzas del General Comonfort, sin embargo, la noticia causó profunda pena, pues además de que se unía a la falta de víveres y municiones, eran fuerzas nuestras las derrotadas, y no estábamos sobrados de tropas”.⁶²

Las pérdidas materiales del ejército del Centro, con base en las fuentes francesas y mexicanas, fueron considerables: tres banderas, once guiones, ocho cañones, la mayor parte del convoy, seis carros de municiones de la primera división, cerca de dos mil hombres, entre muertos, heridos, dispersos y prisioneros; de estos últimos se menciona que fueron mil, de ellos setenta eran oficiales.⁶³ En el campo quedaron los cadáveres tanto de mexicanos como de franceses, pues estos últimos no recogieron a los suyos.

Debemos señalar aquí, que cuando la derrota era inminente, y en vista de que no recibía indicaciones, el mayor encargado de custodiar el parque ordenó a esta sección retirarse por el camino a Tlaxcala, medida que se menciona fue pertinente, pues cinco minutos de retraso en esta marcha hubiera ocasionado la pérdida total del material de guerra del ejército del Centro, como sugieren algunas fuentes de la época.

Los dispersos de San Lorenzo fueron perseguidos varios kilómetros; al llegar al molino de Topoyango, Comonfort los mandó formar en batalla, al tiempo que disparó algunos cañones contra el enemigo, el que no queriendo exponerse detuvo su marcha. Así, sin peligro a sus espaldas, el ejército del Centro se dirigió a la ciudad de Tlaxcala, marcha que “se verificó con calma y en buen orden”.⁶⁴ Sus primeras secciones comenzaron a llegar

⁶² Troncoso, *op. cit.*, p. 258. Parte del material de guerra que se quitó al ejército de Centro fue utilizado en contra de los defensores de Puebla; contra éstos dispararon algunos de los proyectiles que le fueron arrebatados a Comonfort en aquella jornada.

⁶³ Torrea, Juan Manuel, *Gloria y desastre. El sitio de Puebla, 1863*, México, s/l, s/f, p. 46, y Balbontín, *op. cit.*, p. 375. Una de las pérdidas que más sintieron las fuerzas mexicanas en esa acción fue la del coronel Miguel López quien, al frente del Batallón de Zapadores “Balderas” de la Guardia Nacional del Distrito Federal, fue hecho prisionero y asesinado por las tropas francesas. “El Sr. Coronel López”, *La Orquesta*, 16 de may. 1863, p. 2, y “El Sr. D. Miguel López”, *El Monitor Republicano*, 15 may. 1863, p. 3.

⁶⁴ Balbontín, *op. cit.*, p. 375. Véase también “Últimas noticias de la campaña. Movimientos del ejército del centro sobre los invasores”, *Diario del Gobierno de la República Mexicana*, 9 may. 1863, p. 4

a la capital de nuestro estado entre las 11:30 y las 12:00 del día, lo que les permitió a algunas de ellas descansar en la plaza principal.

En esta ciudad se instaló un hospital militar, en el que fueron atendidos los heridos hechos en San Lorenzo, tanto mexicanos como franceses, que fueron recogidos por una sección médica del ejército mexicano.⁶⁵ Sobre este hecho, un vecino de la población, que por desgracia quedó en el anonimato, dejó el siguiente testimonio:

Los heridos que hubo en San Lorenzo han sido trasladados a esta ciudad, en donde se les prestan los auxilios hasta donde lo permiten las circunstancias. Ayer llegaron unos facultativos del ejército del Centro, con orden de llevarse a los heridos, pero hice la observación de que siendo casi todos de mucha gravedad, tal vez el movimiento de la conducción cansaría la muerte de algunos. Tanto los que estaban ya amputados, por nuestro D. Rafael Tarbe, como los demás, luego que oyeron la pretensión de conducirlos pidieron que no se moverá, que estaban bien asistidos y que se conformaban con morir más bien aquí, si esa era su suerte, y no exponerlos a morir en el camino sin auxilio de ninguna clase. En vista de esto se manifestó a dichos facultativos que se quedarán a asistir a esos infelices, puesto que esa era su obligación y si por su detención había alguna responsabilidad contestaríamos por ella. Nuestro D. Rafael Tarbe, D. José María Vázquez y otros, el primero como cirujano y el segundo boticario, han trabajado día y noche en la curación de los heridos. Se ha improvisado un hospital de sangre, y a pesar de nuestras dificultades, se están logrando los auxilios necesarios para atender a su objeto. Satisfacción causa el ver que todos se prestan en lo que pueden para el socorro de los heridos.⁶⁶

No menos importante fue el apoyo que los habitantes de la ciudad de Tlaxcala brindaron al ejército del Centro, al que auxilió en todo momento. Por varios testimonios conocemos que los vecinos se dieron tiempo para repartir tortillas y pan entre los soldados. Al respecto, el coronel Manuel Balbontín apuntó:

Esta población, llena de patriotismo, contemplaba con vivo interés la desgracia del Cuerpo de Ejército. Todas las puertas estaban abiertas, así de las

⁶⁵ *Ibidem*, p. 382. No fue la primera vez en el transcurso de la guerra de Intervención francesa que en la capital del estado se estableció un hospital para atender a los militares heridos o enfermos, a finales de 1862, durante la estancia en ésta de la división que comandaba el general Felipe Berriozábal, que en la ciudad de Tlaxcala se atendió a los soldados pertenecientes a este cuerpo que habían contraído tifo, faena en la que falleció el cura Pedro Arriaga, quien se contagió de la misma. Galindo y Galindo, *op. cit.*, t. II, p. 439.

⁶⁶ “Los heridos de la acción de San Lorenzo”, *Diario del Gobierno de la República Mexicana*, 19 may. 1863, p. 4.

tiendas como de las casas particulares, y las señoras asomadas a los balcones. Aquella era una prueba de simpatía, la única que podían darnos en aquellos penosos momentos, y nosotros la supimos apreciar debidamente. Hoy desde el extranjero, donde la suerte de la guerra me ha arrojado, debido a los buenos Tlaxcaltecas un recuerdo de aquel triste día, y les deseo la libertad que tanto merecen⁶⁷

A pesar de la derrota, Comonfort fue recibido con júbilo en la capital del estado de Tlaxcala, ciudad en la que es probable que disfrutara de la simpatía no sólo de sus habitantes, sino de las autoridades, de aquellas que cinco años antes, en enero de 1858, lo acogieron, como mencionamos en la primera parte de este trabajo, en su derrotero hacia el puerto de Veracruz. Su estancia en esta ciudad fue breve (apenas dos horas), tiempo que consideró suficiente para el descanso de la tropa y para reorganizarse. A la una de la tarde, Comonfort, a la cabeza del ejército del Centro, salió de esta ciudad y se dirigió a San Martín Texmelucan, sede de su cuartel general.⁶⁸

Más allá de las pérdidas materiales y humanas, las derrotas del ejército del Centro en San Pablo de Monte y San Lorenzo tuvieron repercusiones en el devenir de la guerra,⁶⁹ pues con éstas se vieron frustrados los intentos por romper el cerco que el ejército francés tenía sobre Puebla, e introducir convoyes de víveres en ella. Ante esta situación, la plaza se rindió el 17 de mayo de 1863, después de un sitio de 63 días. A partir de entonces, los franceses establecieron una férrea vigilancia en los caminos que confluían a esa ciudad, de la que tampoco dejaron salir a nadie; de hecho, con base en O’Horan, se sabe que “sólo por el camino de Tlaxcala han salido algunos dispersos, hijos de dicho Estado”.⁷⁰

⁶⁷ Balbontín, *op. cit.*, pp. 375 y 376.

⁶⁸ “Importantísimos pormenores sobre los hechos de armas del ejército del centro en estos últimos días”, *El Constitucional*, 11 may. 1863, p. 3. Comonfort llegó a Tlaxcala minutos después del cuerpo de ejército, pues junto con su estado mayor y los generales Moreno, Echeagaray, Zirega, O’Horan, Carbajal, Cuéllar y Barreiro, se quedó cubriendo la retaguardia. “Parte del Sr. General Comonfort...”, *op. cit.*, pp. 8-21. Este informe está fechado en Puente de Texmelucan el 12 de mayo de 1863. A los pocos días, Comonfort partió a la ciudad de México, en donde, a petición suya, el gobierno le otorgó licencia para separarse del mando del ejército del centro, y nombró en su lugar al general Juan José Garza. Con él partió también la primera división del ejército del Centro para reponerse de los hombres que había perdido en la acción de San Lorenzo.

⁶⁹ Una de ellas fue que el ejército francés pudo instalarse en Huejotzingo, San Miguel del Milagro, Ocotlán y Natávitlas. Véase *El sitio de Puebla...*, *op. cit.*, p. 3, y González Ortega, *op. cit.*, p. 159.

⁷⁰ “A última hora”, *El Constitucional*, 19 may. 1863, p. 3.

La caída de Puebla no sólo hizo que el gobierno republicano tuviera que abandonar la ciudad de México un mes más tarde, sino que permitió al ejército francés ocupar varias ciudades del interior, entre ellas las de Pachuca, Tulancingo, Mineral del Monte, Toluca, Cuernavaca, y, en nuestro estado, ocuparon su capital, Tlaxcala y Huamantla. En la primera designaron como prefecto político al general José Ignacio de Ormaechea y Ernaiz,⁷¹ mientras que la comandancia militar recayó en el coronel Canorgue.⁷²

Por su parte, el gobierno republicano nombró al general Miguel Negrete, gobernador y comandante militar de Puebla y Tlaxcala “con facultades omnímodas para poder continuar la campaña contra el invasor”. Mas como las principales poblaciones del estado de Tlaxcala se encontraban bajo el control de los franceses, tuvo que establecer su cuartel general en Huauchinango.⁷³ Como parte de las fuerzas que lo acompañaron en su campaña, destacó un batallón de guardia nacional de Tlaxcala.

La guerra, ahora contra el enemigo extranjero, se habría de postergar por cuatro años, es decir, hasta 1867; en esta lucha nuestro estado no sería inherente; lejos de ello, tendría un papel importante; los efectos y el impacto de la misma dejarían sentir sus efectos en Tlaxcala.⁷⁴

⁷¹ Este nombramiento no fue irracional, debido a la presencia que Ormaechea tenía como militar, al menos dos décadas antes, en el estado de Tlaxcala. En 1852 había fungido como comandante principal y jefe político de este territorio, y tres años más tarde, como teniente coronel de caballería, apoyó José María García, entonces jefe político y militar principal del estado, en las actividades militares. Ormaechea mantendría su influencia en la entidad al menos hasta la caída del Imperio en 1867; durante éste fue designado por el emperador Maximiliano prefecto y comandante militar superior del distrito de Tlaxcala, al tiempo que lo reconoció como oficial de la Orden Imperial de Guadalupe. Véase *Estado Mayor General del Ejército. Escalafón general que comprende a los Esmos. Sres. General de División: a los de Brigada efectivos y graduados. A los Sres. Coroneles de todas las armas. Tenientes coroneles de infantería y caballería...*, México, Imp. de Ignacio Cumplido, 1855; Almonte, Juan Nepomuceno, *Guía de forasteros y repertorio de conocimientos útiles*, México, Impr. de Ignacio Cumplido, 1852, p. 505, y *Almanaque imperial para el año de 1866*, México, Impr. J. M. Lara, 1866, pp. 120, 128 y 222.

⁷² Galindo y Galindo, *op. cit.*, vol. II, p. 599, y Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 152.

⁷³ Galindo y Galindo, *op. cit.*, vol. II, p. 604, y Negrete, Doroteo, *La verdad ante la figura militar de don Miguel Negrete*, Puebla, Imprenta “La Enseñanza”, 1935, pp. 133-135.

⁷⁴ Con relación al sitio de Puebla y el papel de Tlaxcala durante las acciones militares relacionadas con éste, así como a la resistencia republicana en nuestra entidad, véase *Tlaxcala en el sitio de Puebla, 1863-1963*, Tlaxcala, Editorial Tlahuicole, Promoción Cultural del Gobierno del Estado, 1963, 12 pp., y Herrera Téllez, Willebaldo, “El Imperio contra las limitaciones nacionales: una lucha desigual”, en Galeana, Patricia (coord.), *La resistencia republicana en las entidades federativas de México*, México, Senado de la República, Comisión Especial Encargada de los Festejos del Sesquicentenario de la Batalla de Puebla el 5 de mayo de 1862, Gobierno del Estado de Puebla-Siglo XXI Editores, 2012, pp. 817-834.

IV. LA ANTIGUA CIUDAD DE RUINAS Y RECUERDOS. LA VISITA DE MAXIMILIANO A TLAXCALA

Mientras el ejército francés avanzaba hacia el interior de la República, en Europa, el 10 de abril de 1864, Maximiliano de Habsburgo aceptó la Corona de México; ese mismo día firmó los Tratados de Miramar con Napoleón III, acuerdo por el cual, entre otras cosas, Francia se comprometía a mantener una fuerza militar en México, la que retiraría paulatinamente. Cuatro días más tarde, la pareja imperial salió rumbo a las tierras que habrían de gobernar; el 28 de mayo llegaron al puerto de Veracruz, y no fue sino hasta el 12 de junio cuando entraron a la ciudad de México.

La recepción de Maximiliano en la capital imperial, como relatan las crónicas de la época, fue solemne. Para la ocasión se levantaron “arcos triunfales”, tanto en las entradas de las garitas como en las calles por las que pasarían los monarcas, los que fueron costeados por distintas corporaciones, ayuntamientos, vecindarios y autoridades de los departamentos.⁷⁵ Tlaxcala fue parte de estos homenajes, de ahí que mandó a construir un arco en la calle del puente del Espíritu Santo, el que se sabe fue sufragado por los vecinos de la capital departamental. Éste, se mencionó, era “bastante bueno [...] de orden gótico [...] Adornábanle dos sonetos, una inscripción en idioma azteca y estas palabras en medio del arco: La antigua ciudad y provincia de Tlaxcala tributa sus homenajes de fidelidad, amor y obediencia a su augusto Emperador Maximiliano”.⁷⁶

Como parte de los agasajos que se rindieron a la pareja imperial, los departamentos enviaron a la ciudad de México comisiones para que en su representación felicitaran a los jóvenes monarcas. Tlaxcala no se quedó atrás, y fue uno de los que enviaron una comisión, la que fue presidida por Mariano Macedo. Éste, al ser recibido por el emperador Maximiliano el 13 de junio de 1864, le dirigió las siguientes palabras:

⁷⁵ De éstos sobresalieron los que se levantaron en la calle de Plateros, conocido como “arco del emperador”, el del Puente de la Mariscalá, como el de la Paz, y en la calle de San Andrés se construyó el de Las Flores. A pesar de la cordial recepción, Conte Corti apunta que la recepción por parte del pueblo no fue tan espontánea, pues “la parte conservadora de la población y los franceses, reprimiendo con amenazas a todos los que pensaban de distinta manera, supieron revestir de tanto entusiasmo que se podía creer en una espontánea demostración de adhesión popular”. Conte Corti, Egon Caesar, *Maximiliano y Carlota*, trad. del alemán de Vicente Caridad; pres. de Alfonso Reyes, México, Promociones Editoriales Mexicanas, 1983, p. 280.

⁷⁶ *De Miramar a México. Viaje del emperador Maximiliano y de la emperatriz Carlota. Desde su palacio de Miramar cerca de Trieste hasta la capital del Imperio Mexicano*, Orizaba, Imprenta de J. Bernardo Aburto, 1864, p. 229.

Señor:

Seis siglos ha que el grande imperio de Alemania, consumido por la anarquía y los desórdenes en una acefalia de veinte años, se puso en manos de Rodolfo de Hapsburgo, famoso por su equidad y bizarría, y este Emperador fue tan sabio, tan justo, y tan guerrero, que mudó las calamidades en bienes, y el abatimiento en gloria imperecedera.

Hoy que México en circunstancias parecidas encomienda su honor y sus destinos a uno de sus descendientes de aquel héroe, Tlaxcala le desea que con la práctica de las mismas, virtudes, goce de mayor felicidad en largo y apacible reinado, y le ofrece por nuestro medio su amor y su fidelidad.

Tenemos también el honor de presentar a VV. MM. Y suplicarles acepten benignamente, dos ejemplares impresos de las inscripciones puestas en el arco que Tlaxcala levantó en la calle del Puente del Espíritu Santo para la solemne entrada de VV. MM. a esta capital, y que aunque no pudo ser trasladado a la carrera designada en los últimos días, acredita donde se halla el vivo deseo de aquel Departamento de contribuir a tan fausta solemnidad.⁷⁷

La adhesión de las autoridades de Tlaxcala a la monarquía no debe sorprendernos, pues, recordemos, desde 1863 el ejército francés había designado a las potestades políticas y militares de la entidad, una de ellas el ya mencionado general Ignacio Ormaechea y Ernaiz, de ahí lo incondicional al Imperio y las demostraciones de simpatía hacia la emperatriz Carlota y al emperador Maximiliano.

Los investigadores que se han encargado de estudiar a Maximiliano han resaltado que, desde joven, éste disfrutó de viajar; así lo demuestra el hecho de que al llegar a México había recorrido Italia, Turquía, España, Portugal, Grecia, Egipto, Bélgica, París, Tierra Santa y Brasil, viajes que realizó por esparcimiento, en comisiones diplomáticas o bien como comandante de la flota de Austria.⁷⁸

Ahora bien, Konrad Ratz ha señalado que el joven Habsburgo “casi nunca viajaba por su propio placer; por el contrario, perseguía con sus viajes determinados fines, tanto así que, incluso, se puede hablar de una «política de viajes»”, de ahí que en muchas ocasiones fuera recibido por los monarcas de las casas reinantes europeas.⁷⁹ Esta política habría de aplicarla en Mé-

⁷⁷ *Idem.*

⁷⁸ Sin olvidar que navegó por el río Danubio, por el Rin, por el mar Adriático, el océano Atlántico, las costas de Albania, el mar Mediterráneo y las costas de África. Sobre sus impresiones sobre España véase Habsburgo, Maximiliano de, *Viaje por España*, trad. de José Linares y Luis Méndez; pról. de Johann Georg Lughofer, México, Conaculta, Dirección General de Publicaciones, 2013, 153 pp.

⁷⁹ Ratz, Konrad, “Algunas lagunas en la historiografía del Segundo Imperio. Los viajes de Maximiliano en México; los informes de Anton von Magnus a Bismark”, en Galeana, Pa-

xico; esto no sólo para conocer territorialmente el imperio que gobernaba, sino con la finalidad de legitimarse en las diversas regiones que lo conformaban, como bien lo han señalado Amparo Gómez y Ratz.⁸⁰ Así, los viajes que emprendería por el Imperio mexicano tendrían un trasfondo político.

Si bien Maximiliano realizó cinco viajes al interior de México durante los tres años de su mandato,⁸¹ Ratz ha señalado que aún existen algunas lagunas en torno a ellos, debido a que éstos han sido poco estudiados, y en algunos casos son prácticamente desconocidos; sin embargo, de todos ellos, por breves que sean, existen referencias. Éste, consideramos, parece ser el caso del que hizo al departamento de Tlaxcala en abril de 1865.⁸²

Los viajes que el monarca de origen austriaco realizó para conocer su vasto imperio fueron seguidos de cerca por la prensa, en particular por la “oficial”, en este caso por el *Diario del Imperio*. Por otra parte, algunas de las impresiones que el augusto viajero tuvo de las poblaciones que recorrió quedaron plasmadas en su correspondencia y en algunos telegramas. Gracias a éstos conocemos, como ya mencionamos, que sus viajes cumplieron un fin político, y no tanto de esparcimiento, como en distintos momentos Maximiliano se lo hizo saber a Carlota en sus cartas, como lo dejan ver los fragmentos que a continuación transcribimos: “No es un viaje que emprendo por placer, sino en cumplimiento de mi deber” y “Desgraciadamente no estoy de vacaciones, porque a diario estoy sobrecargado con trabajos importantes”.⁸³ En efecto, durante sus viajes aprovechaba para dictar al-

tricia (coord.), *El imperio napoleónico y la monarquía en México*, México, Senado de la República-Gobierno del Estado de Puebla-Siglo XXI Editores, 2012, p. 327.

⁸⁰ Al respecto, véase Gómez Tepexcicuapan, Amparo, “Los viajes de Maximiliano en México: 1864-1867”, en Galeana, Patricia (coord.), *Encuentro de liberalismo*, pres. de Porfirio Muñoz Ledo, México, UNAM, 2004, pp. 369-399, y Ratz, Konrad, *Los viajes de Maximiliano en México, 1864-1867*, pres. Salvador Rueda Smithers, México, Conaculta, Dirección General de Publicaciones, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 2012, 474 pp.

⁸¹ Amparo Gómez menciona que dichos viajes le “ocuparon un total de 200 días” a Maximiliano. Gómez Tepexcicuapan, *op. cit.*, p. 369.

⁸² El primero de sus viajes en México lo realizó el 10 de agosto; es decir, apenas “un par de meses después de su llegada, en el que visitó San Juan del Río, Querétaro, Celaya, Irapuato, San Miguel Allende, Dolores, en donde el 16 de septiembre «vestido de hacendado, dio el grito de Independencia»”, Guanajuato, Morelia y Toluca. Tello Díaz, Carlos, *Maximiliano emperador de México*, México, Penguin Random House-Grupo Editorial Debate, 2017, p. 92. Más adelante recorrería Puebla, Jalapa, Orizaba, Perote, Pachuca, Real del Monte, San Miguel Regla, Tulancingo y Cuernavaca. Su último viaje, en febrero de 1867, lo llevaría a la ciudad de Querétaro, en donde sería tomado prisionero por el ejército republicano en mayo de ese año.

⁸³ Gómez Tepexcicuapan, *op. cit.*, pp. 371 y 381.

gunos decretos, entrevistarse con jefes políticos, prefectos municipales, con autoridades militares y eclesiásticas.⁸⁴

El segundo de los viajes que el emperador realizó en tierras mexicanas, que tenía como destino Perote, es el que nos interesa, debido a que durante su derrotero hizo escala, e incluso pernoctó en territorio de Tlaxcala. Fue así como a mediados de abril de 1865, los periódicos de la ciudad de México anunciaron que en los próximos días el emperador realizaría un viaje rumbo al este, el que tenía dos objetivos: visitar algunos de los pueblos de esa zona “para conocer prácticamente sus necesidades y satisfacerlas” y ver las obras del ferrocarril que correría de México a Veracruz “en algunos de los puntos más importantes de la línea”.⁸⁵

No fue sino hasta el 18 de abril, a las seis de mañana, para ser precisos, cuando Maximiliano, montado a caballo, inició su segundo viaje por tierras mexicanas. En el primer día de su itinerario visitó, entre otras poblaciones, la villa de Guadalupe, San Cristóbal Ecatepec, Santa Clara Cautilla y Tepexpan, en las que se sabe fue recibido con júbilo, música y muestras de afecto por parte de la población, sin olvidar los tradicionales arcos de flores que se levantaban para recibir a una autoridad de su jerarquía. Esto fue sólo el comienzo; en los siguientes días recorrió Texcoco, Chiautla, Molino de Flores, San Juan Teotihuacán, en donde se dio tiempo para subir a las pirámides del Sol y de la Luna, Acolman, Otumba y Apam.⁸⁶

En la tarde del 23 de abril, el emperador llegó a la hacienda de San Nicolás el Grande, ya en territorio de Tlaxcala, en donde fue recibido por los señores Carballeda, Eguía y Picazo, y en donde pernoctó. Al siguiente día, 24, recorrió la afamada y “hermosa troje de que aquella finca”, después de lo cual partió a la hacienda de Guadalupe, en donde desayunó con sus propietarios. Hecho esto, continuó su itinerario por el departamento⁸⁷ de Tlaxcala, encontrando en varios puntos del camino “arcos de ramaje” en su honor; inclusive las autoridades e “indígenas” de los pueblos, como

⁸⁴ La emperatriz Carlota también realizó un viaje al interior: en este caso a la península de Yucatán, en la que visitó, entre otras ciudades: Veracruz, Mérida, Campeche y Ciudad del Carmen. Lubiensky, Sylvia, “El viaje de la emperatriz Carlota a Yucatán”, en Galeana, Patricia (coord.), *Encuentro de liberalismo*, pres. de Porfirio Muñoz Ledo, México, UNAM, 2004, pp. 400-408.

⁸⁵ “Viaje del emperador”, *La Sociedad*, 20 abr. 1865, p. 3.

⁸⁶ “Viaje del emperador. Diario del viaje de Su Majestad”, *Diario del Imperio*, 24 abr. 1856, núm. 93, pp. 387 y 388.

⁸⁷ Maximiliano, como lo habían hecho otras administraciones de corte centralista, modificó la división territorial del “imperio”, y los antiguos estados fueron denominados “departamentos”, los que quedaron sujetos en todos sus asuntos al gobierno imperial.

los de San Martín Xaltocan y de San Martín Atlahuizín, salieron a felicitarlo.⁸⁸

Las crónicas mencionan que a su paso por Santa Ana Chiautempam, Maximiliano bajó de la carroza en la que iba para montar su caballo, y que fue de esta forma como llegó a la ciudad de Tlaxcala, en donde fue recibido con mucho entusiasmo por la población y las autoridades. Al respecto, el *Diario del Imperio* apuntó: “En Tlaxcala la recepción ha sido buena: en la aduana había un arco de lienzo pintado, y en toda la línea de calles hasta la habitación de S. M., los había de ramaje y flores”.⁸⁹ En la capital del departamento habría de permanecer por los próximos dos días.

La cálida recepción al soberano no debe extrañarnos, pues recordemos que desde junio de 1863, la capital de la entidad había sido ocupada por el ejército francés y sus aliados mexicanos partidarios de la intervención, que nombraron a las autoridades políticas, una de ellas Ignacio Ormaechea, quien continuaba con el cargo de comandante militar y prefecto político de Tlaxcala.

Somos de la idea que la visita del monarca debió de causar entusiasmo entre el vecindario, ya que no era común que los mandatarios nacionales visitaran la ciudad, gesto que sin duda debieron agradecer. En este punto debemos preguntarnos qué actividades realizó el emperador en nuestra ciudad.

Una de las primeras tareas fue recorrer la iglesia parroquial, lo que era característico en él cuando visitaba una población, después de lo cual regresó a su alojamiento para arreglarse, pues se había dispuesto una comida en su honor. Al convite concurrieron las principales autoridades políticas y militares, entre ellas el general Ignacio Ormaechea, el prefecto municipal Mariano Martínez, el síndico y el alcalde del ayuntamiento, Antonio Aguilar y Antonio Covarrubias, el cura párroco Petronilo Nava, Luis Castañeda, juez de letras, Manuel Salazar, capitán de infantería, dos estudiantes de la escuela, así como algunos capitanes del regimiento austriaco que habían llegado procedentes de la ciudad de Puebla. Por desgracia, no quedó registrado de los platillos con los que fue deleitado el emperador.⁹⁰

Las actividades continuaron el 25. La mañana de ese día, Maximiliano visitó de nueva cuenta la iglesia parroquial, la escuela, la cárcel, el hospital, “el palacio de Hernán Cortés” y la iglesia de San Francisco, en donde ad-

⁸⁸ “Viaje del emperador”, *Diario del Imperio*, 26 abr. 1863, núm. 95, p. 396.

⁸⁹ *Idem*.

⁹⁰ “Viaje del emperador”, *Diario del Imperio*, 26 abr. 1863, núm. 96, p. 396, y Hamann, Brigitte, *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller, 1864-1867*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 128.

miró la pila en donde fueron bautizados los cuatro señores de la República de Tlaxcala, los primeros que abrazaron el cristianismo. Pudo apreciar también un ídolo notable que fue encontrado en el patio de una casa y que se exhibía en la aduana.⁹¹

En la ciudad de Tlaxcala, el joven Habsburgo dejó pruebas de “la bondad soberana” y la protección que daba a las clases menesterosas, gesto que lo caracterizó, pues ordenó que de su peculio se repartieran trescientos pesos para socorrer a las familias indigentes. Las crónicas de la época refieren que su visita no quedó exenta de algunos incidentes, que bien pueden parecer chuscos, pues rompían con la delicada parafernalia de la corte. Uno de éstos es referido por Karl Khevenhüller, quien al respecto escribió:

Con frecuencia se oyen curiosas historias acerca del emperador, y el pobre a veces se mete en situaciones sumamente extrañas con los patanes de aquí. Hace poco un mexicano se aproximó al emperador en Tlaxcala con una carta petitoria, con el sombrero en la cabeza. El emperador, que siempre se viste de civil, se quitó el suyo y lo interrogó respecto a lo que quería. Entonces, el mexicano tomó la mano del emperador con las siguientes palabras: “¡Cúbrase, por favor! Por mi no se moleste”, lo cual, por supuesto desconcertó, al principio al emperador.⁹²

En las primeas horas del día 26, Maximiliano se despidió de Tlaxcala: Huamantla, su siguiente destino. En el trayecto entre uno y otro punto, pidió conocer la escuela e iglesia de San Pablo Apetatitla, por lo que se detuvo en ese punto; una vez cumplido su deseo, continuó su camino para el pueblo de San Francisco y la hacienda de Acocotla. En este ínterin salió a su encuentro el general conde Franz de Thun con una pequeña fuerza austriaca, la que lo escoltó hasta llegar a Huamantla, y que lo acompañaría el resto de su viaje.

La recepción en Huamantla no varió de la que se le había hecho en la capital del departamento: demostraciones de entusiasmo, de “una inmensa multitud de personas de todas clases”, y de las autoridades civiles, religiosas y militares, quienes salieron a su encuentro para recibirlo. Como parte de la bienvenida se organizó una comida, a la que asistieron el presidente del ayuntamiento, Miguel Sesma y su hija, el licenciado Rafael Serrano, juez de letras, Joaquín Morales y su esposa, Lorenzo Fuentes y sus dos hijas, Francisco Alvisuri, administrador de rentas, Nicolás Mellado, Ignacio Seron, prefecto, Joaquín Mellado y el vicario de la parroquia, Gabriel Amador.

⁹¹ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 235, y “Viaje del emperador”, *Diario del Imperio*, 1 may. 1865, núm. 99, p. 411.

⁹² Hamann, *op. cit.*, pp. 130 y 131.

La estadía en Huamantla fue breve (apenas unas cuantas horas, las suficientes para comer y descansar). El 27 tocó a Nopalucan recibir al monarca viajero. Si bien no estaba dentro de sus planes hacer escala en esta población, fue tal la recepción que se le hizo, que aceptó el almuerzo que las autoridades le tenían preparado. De esta visita, el *Diario del Imperio* registró:

Nopalucan, como otros muchos pueblos, conservará una memoria grata del tránsito del soberano. Habiendo sabido que aquella población carece de agua, mandó inmediatamente que se abriera un pozo artesiano, cuyos gastos se cubrirán de su caja particular, e hizo que se distribuyese una suma, también de su peculio, entre los más menesterosos del pueblo.⁹³

En Nopalucan se presentó el prefecto político de Puebla, José María Esteva, para asistir al emperador en su viaje hacia esa ciudad, de la que posteriormente se trasladó a Orizaba, en donde se reunió con el director y con los empleados del ferrocarril, que era uno de los objetivos principales de su viaje.

Así concluyó el recorrido del emperador Maximiliano por tierras de nuestro estado. Por desgracia, y a diferencia de otras ciudades y pueblos que visitó en México, no disponemos de cartas en las que Maximiliano plasmara las impresiones que le dejaron las poblaciones del departamento imperial de Tlaxcala.

Si bien después de su visita a Tlaxcala el prefecto de ésta participó al gobierno imperial que la tranquilidad en ese territorio se conservaba “inalterable”, esto no significó que no se dieran incursiones de algunos jefes republicanos. El príncipe Karl Khevenhüller informó meses más tarde que la ciudad de Tlaxcala había sido atacada por “un harapiento llamado Sánchez”, quien tomó prisionero al comandante militar “Ormachia” —suponemos que Ormaechea— y a su hijo, e impuso una contribución para liberarlo, después de lo cual “saqueó toda la región [y] desapareció sin rastro”. Y esta fue la impresión del citado oficial europeo:

A pesar de que recorrí 25 leguas de un tirón del ferrocarril, no fui capaz de alcanzar a esos bandidos. Se retiraron a la sierra por su botín. Las autoridades mexicanas se componen realmente de puros rateros. ¡Cómo es posible que la población tenga confianza en tales personas, que tan mal la protegen! Es también, por cierto, una valoración bastante significativa para una ciudad de más de 4000 habitantes.⁹⁴

⁹³ “Viaje del Emperador”, *Diario del Imperio*, 1 may. 1865, p. 411.

⁹⁴ Hamann, *op. cit.*, p. 162.

El sueño imperial terminaría con el fusilamiento del emperador en la ciudad de Querétaro en junio de 1867. Previo a su caída, distintas poblaciones del estado de Tlaxcala sirvieron de sede del cuartel general del Ejército de Oriente, comandando por Porfirio Díaz, que procedente de Oaxaca llegó a nuestra entidad en febrero de 1867. En este, en particular en Tlaxcala, Apizaco, San Pablo Apetitla, se dio a la tarea de perseguir y derrotar al jefe imperial mexicano Leonardo Márquez, triunfo por demás trascendental, pues con éste el emperador quedó sin la posibilidad de recibir auxilios en Querétaro, al tiempo que permitió a Díaz ocupar la ciudad de México: la capital y centro político del país. Con ello se consolidó el triunfo de la República sobre el Imperio.

V. CONSIDERACIONES FINALES

El panorama hasta aquí presentado en este texto nos permite ver el papel y la inserción de nuestro estado en el proceso nacional a través de tres momentos de la década de 1857-1867 desde los ámbitos político, militar y social. Considero que gracias a éstos pudimos distinguir los factores por los que sus autoridades se adhirieron tanto al Plan de Tacubaya como al Imperio, así como la importancia geográfico-militar de Tlaxcala en la guerra contra el enemigo extranjero. En el presente análisis se pudo destacar el impacto de la guerra en nuestro territorio y la participación de la población en ésta. De lo anterior, podemos concluir señalando que el estado de Tlaxcala no fue inherente a las luchas civiles y a la intervención extranjera; lejos de ello, tuvo un papel significativo; sin embargo, aún faltan cosas por investigar; no obstante, como mencionamos al inicio, éste sólo fue un panorama general de la participación entre 1857-1867.

VI. FUENTES

Documentales

Archivo Histórico del Distrito Federal

Bandos Leyes y Decretos

Archivo Histórico del Estado de México

Legislativo

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional

Operaciones Militares

Hemerografía

Diario de Avisos

Diario del Imperio

Diario Oficial del Gobierno

Diario Oficial del Supremo Gobierno

El Constitucional

El Eco

El Monitor Republicano

El Pájaro Verde

El Siglo Diez y Nueve

La Cruz

La Orquesta

La Sociedad

Bibliografía

Almanaque imperial para el año de 1866, México, Impr. J. M. Lara, 1866.

ALMONTE, Juan Nepomuceno, *Guía de forasteros y repertorio de conocimientos útiles*, México, Impr. de Ignacio Cumpido, 1852.

BALBONTÍN, Manuel, *Memorias del coronel Manuel Balbontín. Episodios de su carrera militar y política, funciones d armas en que se encontró, conducta que observó en los cambios políticos que durante más de treinta años ocurrieron en la república, y consecuencias que su modo de obrar produjo. Da principio en el año de 1845*, San Luis Potosí, Tip. de la Escuela I. Militar dirigida por Aurelio B. Cortés, 1896.

BASCH, Samuel, *Recuerdos de México. Memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano (1866 a 1867)*, trad. del italiano al español por Manuel Peredo, México, Imp. Del comercio de N. Chávez a cargo de J. Moreno, 1870.

BLÁZQUEZ DOMÍNGUEZ, Carmen, *Veracruz liberal, 1858-1860*, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, Gobierno del Estado de Veracruz, 1986.

BUVE, Raymond, "La guerra local en la guerra nacional: guerrillas tlaxcaltecas en las décadas de 1850 y 1860", en ORTIZ ESCAMILLA, Juan (coord.), *Fuerzas militares en Iberoamérica siglos XVIII y XIX*, México, El Colegio de México-El Colegio de Michoacán-Universidad Veracruzana, 2005.

CAMBRE, Manuel, *La guerra de tres años: apuntes para la historia de la reforma*, Guadalajara, José Cabrera, 1904.

- COMONFORT, Ignacio y GARCÍA, Genaro (comps.), *El Sitio de Puebla de 1863 según los archivos de D. Ignacio Comonfort General en Jefe del Ejército del Centro y de D. Juan Antonio de la Fuente Ministro de Relaciones Exteriores*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1909.
- CONNAUGHTON, Brian, “De la tensión de compromiso al compromiso de la gobernabilidad. Las Leyes de Reforma en el entramado de la conciencia política nacional”, en CONNAUGHTON, Brian y PALACIO, Celia del (coords.), *México durante la Guerra de Reforma*, México, Universidad Veracruzana, Dirección General Editorial, 2011, t. I.
- CONTE CORTI, Egon Caesar, *Maximiliano y Carlota*, trad. del alemán de Vicente Caridad, pres. de Alfonso Reyes, México, Promociones Editoriales Mexicanas, 1983.
- CÓRDOBA, Tirso Rafael, *El sitio de Puebla: apuntes para la historia de México, sacados de documentos oficiales y relaciones de testigos fidedignos*, México, José M. Cajiga, 1970.
- CUÉLLAR ABAROA, Crisanto, *Antonio Carbajal: caudillo liberal tlaxcalteca*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1962.
- De Miramar a México. Viaje del emperador Maximiliano y de la emperatriz Carlota. Desde su palacio de Miramar cerca de Trieste hasta la capital del Imperio Mexicano*, Orizaba, Imprenta de J. Bernardo Aburto, 1864.
- DUFOUR, Emmanuel, *Aymard de Foucauld (1824-1863). De Saint-Cyr et Saumur a la campagne du Mexique, itinéraires d'un officier de cavalerie du Second Empire*, préface de Jean-François Lecaillon, París, La Louve Éditions, 2012.
- Estado Mayor General del Ejército. Escalafón general que comprende a los Esmos. Sres. General de División: a los de Brigada efectivos y graduados. A los Sres. Coroneles de todas las armas. Tenientes coroneles de infantería y caballería. Comandantes de batallón y escuadrón: primeros ayudantes de infantería y caballería, capitanes y subalternos de una y otra arma; jefes y oficiales del cuerpo especial de Estado Mayor: Cuerpo médico y cuerpos mencionados de Ingenieros y Artillería*, México, Imp. de Ignacio Cumplido, 1855.
- FLORES SALINAS, Berta, *Cartas desde México: dos fuentes militares para el estudio de la Intervención francesa, 1862-1867*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2001.
- GALINDO Y GALINDO, Miguel, *La gran década nacional, 1857-1867*, México, Secretaría de Gobernación, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2009, 3 vols.
- GARCÍA SELA, Miguel, “El cerro del Borrego y el Sitio de Puebla”, en RODRÍGUEZ FRAUSTO, Jesús *et al.*, *La Reforma y la Guerra de Intervención*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1963.

- GARCÍA UGARTE, Marta Eugenia, *Poder político y religioso. México siglo XIX*, México, H. Cámara de Diputados, LXI Legislatura, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales-Asociación Mexicana de Promoción y Cultura Social-Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana-Miguel Ángel Porrúa, 2010, vol. 2.
- GÓMEZ TEPEXICUAPAN, Amparo, “Los viajes de Maximiliano en México: 1864-1867”, en GALEANA, Patricia (coord.), *Encuentro de liberalismos*, pres. de Porfirio Muñoz Ledo, México, UNAM.
- GONZÁLEZ ORTEGA, Jesús, *Parte general que da al Supremo Gobierno de la Nación respecto a la defensa de la plaza de Zaragoza el ciudadano general Jesús González Ortega*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1963.
- HABSBURGO, Maximiliano de, *Viaje por España*, trad. de José Linares y Luis Méndez; pról. de Johann Georg Lughofer, México, Conaculta, Dirección General de Publicaciones-Suma Mexicana, 2013.
- HAMANN, Brigitte, *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller, 1864-1867*, trad. de Ángela Scherp, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- HERNÁNDEZ LÓPEZ, Conrado, “Militares y conservadores en la Reforma y el Segundo Imperio (1857-1867)”, tesis de doctorado en historia, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2001.
- HERRERA TÉLLEZ, Willebaldo, “El Imperio contra las limitaciones nacionales: una lucha desigual”, en GALEANA, Patricia (coord.), *La resistencia republicana en las entidades federativas de México*, México, Senado de la República, Comisión Especial Encargada de los Festejos del Sesquicentenario de la Batalla de Puebla el 5 de mayo de 1862-Gobierno del estado de Puebla-Siglo XXI Editores, 2012.
- JUÁREZ, Benito, *Documentos, discursos y correspondencia*, selección y notas de Jorge Tamayo, México, Secretaría del Patrimonio Nacional-Editorial Libros de México, 15 vols.
- LEÓN TORAL, Jesús de, *Historia documental militar de la intervención francesa en México y el denominado Segundo Imperio*, recopilación, notas y comentarios del general Jesús de León Toral, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Departamento de Archivo, Correspondencia e Historia, Comisión de Historia Militar, 1967.
- LUBIENSKY, Sylvia, “El viaje de la emperatriz Carlota a Yucatán”, en GALEANA, Patricia (coord.), *Encuentro de liberalismos*, pres. de Porfirio Muñoz Ledo, México, UNAM, 2004.

- MAYER, Jean, *Tò, el francés. La intervención en primera persona. Biografías y crónicas*, México, TusQuets Editoriales, 2002.
- NEGRETE, Doroteo, *La verdad ante la figura militar de don Miguel Negrete*, Puebla, Imprenta “La Enseñanza”, 1935.
- OLLIVIER, Emile, *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano en México*, prefacio de Jean Meyer, México, Secretaría de Educación Pública del Estado de Puebla, El Colegio de Puebla, 2012.
- PANI, Erika, *Para mexicanizar el Segundo Imperio. El imaginario político de los imperialistas*, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2001.
- PAYNO, Manuel, *Memorias sobre la revolución de diciembre de 1857 a enero de 1858*, pról. de Leonor Ludlow, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana-Gobierno del Estado de Puebla, 1987.
- PORTILLA, Anselmo de la, *Historia de la revolución de México contra la dictadura del general Santa Anna. 1853-1855*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1856.
- PORTILLA, Anselmo de la, *México en 1856 y 1857: gobierno del general Comonfort*, México, Secretaría de Gobernación-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana-Gobierno del Estado de Puebla, 1987.
- PRUNEDA, Pedro, *Historia de la Guerra de Méjico desde 1861 a 1867*, facs. de la edición española de 1867; pról. de Ernesto de la Torre Villar; pres. de Alejandro de Antuñano Maurer; nota prel. de Oscar Espinoza Villarreal, México, Fundación Miguel Alemán-Fundación Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto Cultural Helénico-Fondo de Cultura Económica, 1996.
- RAMÍREZ FENTANÉS, Luis, *Zaragoza*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Departamento de Archivo, Correspondencia e Historia, 1962.
- RATZ, Konrad, “Algunas lagunas en la historiografía del Segundo Imperio. Los viajes de Maximiliano en México; los informes de Anton von Magnus a Bismark”, en GALEANA, Patricia (coord.), *El Imperio napoleónico y la monarquía en México*, México, Senado de la República-Gobierno del Estado de Puebla-Siglo XXI editores, 2012.
- RATZ, Konrad, *Los viajes de Maximiliano en México, 1864-1867*, pres. Salvador Rueda Smithers, México, Conaculta-Dirección General de Publicaciones-Instituto Nacional de Antropología e Historia-Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 2012.

- RIVERA Y SANROMÁN, Agustín, *Anales de la Reforma i el Segundo Imperio*, Guadalajara, Escuela de Artes y Oficios, Talleres de Tipografía dirigido por José Gómez Ugarte, 1897.
- SÁNCHEZ LAMEGO, Miguel, “El combate de Barranca Seca”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, núm. 55, vol. XIV, enero-febrero de 1965.
- Sitio de Puebla de Zaragoza. Continuación de los partes publicados desde el día 11 hasta el día 22 de Mayo*, México, Imp. de Vicente García Torres, 1863.
- SMISSEN, Alfred van der, *Recuerdos de México, 1864-1867*, traducción y edición de Martha Zamora, México, Editado por Martha Zamora, 2016.
- TELLO DÍAZ, Carlos, *Maximiliano. Emperador de México*, México, Penguin Random House Grupo Editorial, Debate, 2017.
- Tlaxcala en el sitio de Puebla, 1863-1963*, Tlaxcala, Editorial Tlahuicole, Promoción Cultural del Gobierno del Estado, 1963.
- TORREA, Juan Manuel, *Gloria y desastre. El sitio de Puebla. 1863*, México, s. n., s/f.
- TRONCOSO, Francisco de P., *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*, México, Secretaría de Guerra y Marina-Talleres del Departamento de Estado Mayor, 1909.
- VILLEGAS REVUELTAS, Silvestre, *Deuda y diplomacia: la relación México-Gran Bretaña, 1824-1884*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2005.
- VILLEGAS REVUELTAS, Silvestre, “La Constitución de 1857 y el golpe de Estado de Comonfort”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 22, julio-diciembre de 2001.
- VILLEGAS REVUELTAS, Silvestre, *Ignacio Comonfort*, México, Planeta de Agostoni, 2003.
- ZAMACOIS, Niceto de, *Historia de Méjico desde sus tiempos más remoto hasta nuestros días*, Barcelona, J. F. Parres y Compañía, 1876-1903, 23 vols.